

Úrsula Camba Ludlow, *Imaginarios ambiguos, realidades contradictorias. Conductas y representaciones de los negros y mulatos novohispanos, siglos XVI y XVII*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2008, 227 p., ils.

La obra de Úrsula Camba Ludlow se suma a los múltiples estudios acerca de la población de origen africano. Desde la obra pionera de Gonzalo Aguirre Beltrán, el interés por estudiar a este grupo ha ido en aumento por fortuna, pero este aumento enriquece el conocimiento no sólo por el número de estudios sino porque los enfoques se han diversificado abarcando diversos temas.

La autora de *Imaginarios ambiguos...* se centra en el novedoso y complejo tema del imaginario. El tema es amplísimo, pues casi todos los aspectos del pensamiento y de la acción humanos son susceptibles de ser atrapados por las redes del imaginario. Úrsula Camba se centra en la manera en que los miembros de la sociedad novohispana representaban a las personas de origen africano, incluyendo la imagen que los propios africanos o sus descendientes se hacían de sí mismos durante los siglos XVI y XVII. La autora realiza su estudio en cinco capítulos, cada uno de los cuales comento a continuación.

El primer capítulo se refiere al concepto de imaginario así como a la larga historia del esclavismo desde el mundo grecorromano y musulmán. En lo que se refiere al concepto de imaginario, la autora toma las palabras de Duby: "la relación entre lo material y lo mental en la evolución de las sociedades", para continuar con un recuento historiográfico del concepto citando a diversos autores como Baczko, Alberro y Sackz quienes tratan de poner algo de claridad en lo que se entiende por imaginario explicando la importancia de los referentes culturales y de lo subjetivo de cada sociedad y de cada grupo social dentro de esa sociedad, procurando alejar el concepto de imaginario del de irrealidad y ligándolo al de representación; al final de este apartado Cambas señala que su objetivo es abordar la manera en que los diferentes grupos sociales, incluyendo a los propios negros y mulatos, se representan y cuáles son las imágenes que acerca de ellos se construyen de manera general. En la segunda parte

de este capítulo reseña una historia del esclavismo y de la imagen de África en el mundo grecorromano, islámico y occidental medieval, para rematar con la llegada de los africanos al continente americano, justificando este largo paseo en razón de que en la sociedad novohispana los grupos negro y mulato estaban irremediablemente ligados al estatuto de esclavitud.

El segundo capítulo se acerca a la legislación que atañe a los negros y mulatos en la cual se encuentra el discurso institucional acerca de estos grupos sociales en lo que se refiere a comportamientos tales como no portar armas, no salir de noche, no reunirse en grupos numerosos, vestir de cierta manera, y a ciertos derechos y más prohibiciones; por ejemplo, el derecho a no ser maltratados, y la prohibición de poseer bienes, en especial esclavos, todo lo cual era más imaginario que real, según documenta la autora a lo largo de su trabajo. Mientras por un lado las autoridades querían tener sujeta a la población de origen africano, ésta se las arreglaba para hacer lo que quería dentro de cierto rango de posibilidades.

Otros temas tratados son la supuesta fuerza y resistencia de los negros, acompañada de una propensión al abuso en contraste con la debilidad y sumisión de los indios. La autora documenta las actitudes de negros y mulatos en actos de abuso contra los indios, con el ingrediente de que en muchos casos eran azuzados por los amos, o cumplían sus órdenes.

El trabajo de los negros y mulatos como regatones nos muestra un aspecto complejo de éstos, pues si bien las autoridades novohispanas consideraban la regatería una muestra más de los abusos de los negros contra los indios, muestra también la inteligencia que tenían para los negocios, la capacidad de acumular bienes y, más aún, la relación con sus amos, toda vez que en muchas ocasiones eran los esclavos los que sostenían a sus amos mediante el mecanismo de ganar un jornal.

El tercer capítulo se refiere a la interacción de los negros y mulatos con otros grupos en la vida cotidiana. Mediante la presentación de diversos casos, la autora habla de cómo negros y mulatos hacían protocolos para administrar y heredar sus bienes y litigaban ante los tribunales por deudas que algunos españoles contrajeron con ellas, donde, por cierto, es notorio el apoyo que reciben de sus amos.

El segundo apartado de este capítulo da cuenta también de un hecho que tiene fuertes connotaciones culturales: en un sermón

ante la cofradía de negros de San Roque un presbítero llama “señores” a los cofrades mulatos, a partir de lo cual se desata la molestia de los españoles, que reclaman ante el juez competente lo inadecuado de tratar de “señores” a personas que entonces se consideraban “de baja ralea”.

En cuanto a la imagen de sí mismos, hay que decir que se ha creído que el discurso documentado de los africanos y sus descendientes acerca de sí mismos es muy escaso, sin embargo, es una creencia que hay que matizar debido a que en la documentación judicial, aunque pasando por el filtro de los escribanos, podemos encontrar ese discurso. Esto es lo que hace la autora, abordando dos temas contrastantes: los méritos de los negros y mulatos que dicen haber prestado servicios al rey y las peticiones para lograr ciertas mejoras en la atención a la salud de la población de origen africano, que carecía casi absolutamente de tal servicio

El cuarto capítulo muestra un amplio abanico de imágenes acerca de los negros y mulatos: una vez más la autora aborda el asunto de la fortaleza de los hombres y por otra parte trata la imagen de las mujeres negras como sexualmente atractivas. Otro cuadro es la imagen de las negras y mulatas virtuosas. En el tema de los lazos afectivos, se refiere a las relaciones amorosas entre personas de origen africano, en especial las mujeres, con personas de otros grupos, con frecuencia con españoles, mediante el concubinato. Asimismo, habla del afecto entre amos y esclavos presentando varios casos en los que queda manifiesto el afecto entre ellos. Asimismo, habla brevemente de la sodomía utilizando algunos casos en que estuvieron involucrados negros y mulatos. El tercer apartado del capítulo cuarto se refiere a la imagen de los negros y mulatos en relación con las fuerzas oscuras y con el mal, de tal manera que había en Nueva España ciertas imágenes del Demonio en forma de negro y más precisamente de “etíope”.

El libro remata con un capítulo acerca de la imagen que de los africanos se tenía a partir de fuentes artísticas que son, por excelencia, el lugar donde se deposita el imaginario. La autora aborda el asunto utilizando diversas fuentes como las letras de villancicos, la poesía, la crónica religiosa y la representación plástica (incluyendo códices y cuadros de castas), a través de cuatro temas: la presencia de los negros y mulatos en la conquista, la Epifanía, la vida cotidiana y la persistencia de la sangre negra a través de las generaciones.

El libro tiene la virtud de abordar un tema que no había sido explorado como tema central en la historiografía, lo cual denota un arrojito muy apreciable por parte de la autora; es notorio el gran trabajo de fuentes, obtenidas de diversos repositorios y el tipo de documentación es muy variada: la legislación civil castellana e indiana, la documentación de tipo judicial, las letras de villancicos, la poesía, la crónica religiosa y la representación plástica (incluyendo códices y cuadros de castas). La presentación de los casos es ligera y bien estructurada y, además, la autora tiene buena pluma. No obstante estas virtudes, hay algunos aspectos menos afortunados que es necesario comentar.

Desde un punto de vista general el libro va de más a menos: comienza con planteamientos muy interesantes, como el concepto de imaginario, un recuento muy sugerente acerca de las ideas acerca de África y los africanos, así como el proceso del esclavismo; sigue con la contradicción entre normas y prácticas, para abordar luego los interesantes casos de litigios de negros contra los miembros de otros grupos, en especial los españoles, así como la imagen que los negros y mulatos tenían de sí mismos, para luego plantear un tedioso cuarto capítulo formado por pequeños y variados cuadros a los que trató, sin lograrlo, de dar cierto orden. Perdido en este dechado se encuentra el importante tema de los lazos afectivos entre negros y mulatos con españoles, ya sea por amor de pareja o por convivencia; como remate está el tema de la sodomía, que, aunque muy interesante y llamativo, no venía al caso. Más coherente resulta el último capítulo que arma con fuentes artísticas.

Tanto en la introducción de su trabajo como en la conclusión, Úrsula propone una discusión de lo que ella llama prejuicios de la historiografía mexicana respecto de la manera de concebir a la población de origen africano como marginados, explotados y sometidos y como víctimas de desprecio, maltrato y con incapacidad de integrarse a la sociedad virreinal; una historiografía que soslaya los lazos afectivos y que pone demasiado énfasis en un supuesto temor constante de la sociedad a un levantamiento de la población de origen africano. Sin embargo, hay en este punto una notable falta de rigor, pues la autora no hace el debido balance historiográfico que nos muestre la manera en que los estudiosos de la población africana en América han llegado a las conclusiones señaladas por ella, o hasta dónde se ha avanzado en el conocimiento (y en los

matices) de la interacción entre negros y mulatos con el resto de los grupos sociales, quedando también en el aire el lugar que ocuparía su propio trabajo.

A lo largo del libro, especialmente en los capítulos segundo, tercero y cuarto, Úrsula Camba presenta muchos casos que documentan diversas circunstancias de la vida de los africanos y sus descendientes donde encontramos negros y mulatos que abusan de los indios, que eran soberbios y capaces de agredir a los españoles, que eran hábiles comerciantes de regatonería, que eran litigantes, que poseían bienes, que eran fieles súbditos del rey, que eran desamparados, que eran hombres fuertes y mujeres atractivas o virtuosas, que lograban el amor, que eran afectuosos con sus amos, y que lo mismo tenían la imagen de demonios espantosos, que de ingenuos y fieles cristianos que también eran hijos de Dios. Aunque los casos son muy ilustrativos y bien narrados, lo que se queda corto es el análisis, pues la autora no logra explicar el por qué de las representaciones por ella señaladas y el papel que tienen en el imaginario del conjunto de la sociedad. Daré algunos ejemplos a este respecto.

En el capítulo que se refiere al contraste entre las normas y la práctica, la autora compara tales disposiciones con la documentación que demuestra que los negros y mulatos tenían más margen de movimiento de lo que las leyes les permitían, lo cual, a pesar de ser muy interesante, deja de lado un imaginario más general. Ciertamente, se asume la ley como un conjunto de normas obligatorias que la sociedad debe cumplir; los letrados y las autoridades emiten un discurso conformado por disposiciones categóricas acompañadas de penas para los contraventores, pero si se lee con cuidado, los textos legislativos no son sino la manifestación de un imaginario, es una forma de representarse el orden social, es decir, la manera en que la Corona imaginaba que debía funcionar la sociedad. Por otra parte, los documentos judiciales contienen no sólo el imaginario acerca de los negros y mulatos novohispanos, sino de los demás grupos sociales; sólo como contraste, la sociedad se representaba a los españoles como personas con un alto sentido del honor y con un comportamiento refinado de acuerdo a su idea de hidalguía, dejando de lado actitudes como las documentadas por la autora donde los españoles ordenan a sus esclavos realizar el trabajo sucio.

Otro ejemplo: si bien la autora documenta las acciones de negros y mulatos como actores en causas judiciales, echando por tierra cier-

ta creencia de que los africanos y sus descendientes carecían de personalidad jurídica, lo cierto es que no analiza, ni en la legislación ni en sus fuentes, de qué manera los negros y mulatos lograron ser sujetos de derecho tanto para litigar como para heredar, nombrar albaceas y otorgar cartas poder; hace una espléndida narración de los casos y logra retratar las actitudes de las partes que contienden, pero haría falta averiguar y explicar los argumentos jurídicos que considera a los africanos y sus descendientes, aún en estatuto de esclavos, como sujetos de derecho.

En el capítulo acerca de la representación de los negros y mulatos en ciertas manifestaciones artísticas, llama la atención que no haga referencia alguna a trabajos anteriores que han ofrecido ciertos comentarios y explicaciones que hubiesen servido al avance de su propio análisis, tal es el caso de la pintura, donde hubiera sido útil la utilización del trabajo realizado por María Elisa Velázquez en 2006.

Por último, en la conclusión la autora nos habla de que el estereotipo del negro abusivo, golpeador y peleonero prevaleció a lo largo de la época colonial y aún se encuentra en algunas comunidades, como por ejemplo la de Pinotepa Nacional, lugar donde se realizó un trabajo etnográfico y los habitantes mixtecos del lugar todavía guardan en su memoria la imagen de los negros como abusadores de los indios, y los habitantes negros guardan la imagen de los indios como débiles. Esta referencia es muy importante como fenómeno de la memoria, sin embargo, Úrsula Camba repite lo que suelen hacer los estudiosos de la "continuidad" de los rasgos indígenas en las comunidades actuales: se conforma con señalar que hay tal continuidad en la memoria, pero no reflexiona acerca de los mecanismos que hicieron posible que tal estereotipo prevaleciera tantos siglos y lograra traspasar la barrera de múltiples cambios sociales y culturales.

Lourdes VILLAFUERTE GARCÍA
Dirección de Estudios Históricos
Instituto Nacional de Antropología e Historia